

# valores en juego en la libertad religiosa

• JOSE LUIS LAZZARINI, S. J.

**L**os debates del Concilio han actualizado el ya viejo problema de la libertad religiosa. Muchos padres conciliares piden una definición radical en esta materia. Una definición que atienda a los derechos inalienables de la persona humana y no simplemente a una situación de hecho: el pluralismo religioso de nuestras sociedades contemporáneas. Así, Mons. Ritter ha afirmado: "Se presenta a la libertad religiosa de un modo demasiado restringido, será necesario que la libertad constituya un aspecto de la libertad humana y que se funde en la naturaleza humana" (1).

Esta posición más radical quiere hablar de *libertad religiosa* y no de *tolerancia*. La tolerancia, en su uso ordinario, significa permitir de hecho la existencia de aquello que se tiene poder o derecho de reprimir. Pero si la persona humana tiene derecho a seguir su conciencia, dentro de los límites del bien público legítimo, ni el Estado ni la Iglesia pueden estar en una posición de tolerancia frente a este hombre, porque no tienen un derecho superior para quitarle el que él tiene de seguir su conciencia.

Procuraremos hacer un análisis de ese complejo de valores que se ponen en juego cuando se establece la libertad religiosa. Cuando únicamente se atiende a uno solo de estos valores, al separarlo de los demás que lo condicionaban en

sus justas dimensiones, este valor aislado se absolutiza, y por ello las consecuencias de su aplicación son erróneas. Así, por ejemplo, si atiendo al derecho de las conciencias sin limitarlo con otro valor: el bien común legítimo que el Estado debe regular, las consecuencias serán una concepción individualista del hombre; y esta concepción arruinaría toda vida política y social. Si por el contrario, pienso sólo en el plano de la verdad objetiva, olvidando los derechos de las personas, la conclusión será la represión del error, fundada en una concepción equívoca.

Quienes hablan de libertad religiosa o de tolerancia, como de un mal menor a permitir para evitar otros mayores, están atendiendo a un solo valor y descuidando otros tan valederos como éste sobre el cual han cimentado el andamiaje de sus reflexiones.

## LA AFIRMACION FUNDAMENTAL

Nuestra afirmación fundamental que quiere enunciar en una armoniosa silueta todos los elementos del análisis, es la siguiente:

*La libertad religiosa*

—no es un mal menor

—es la justa resultante

—de la atención a un complejo de valores que se estructuran condicionándose mutuamente.

Este trabajo consistirá en un análisis de esos valores fundamentales, que orquestan a su vez otras realidades. El orden de las reflexiones será el siguiente:

(1) Mons. José Ritter, Serv. Informativo del Verbo Divino, 21-IX-64.

- 1) *La verdad y el bien moral.*
- 2) *Derechos de las conciencias.*
- 3) *Los límites del poder estatal.*
- 4) *La estructura de la Iglesia.*

## ANÁLISIS DE LOS VALORES

El método analítico nos obliga a ir dividiendo esa estructura compacta de valores que establecen la libertad religiosa. Ninguno de estos valores es absoluto, todos se condicionan entre sí formando un sólido entramado. Con todo, la atención a cada uno de ellos nos ayudará a ahondar su recto significado.

### 1) *Verdad y bien moral*

Libertad religiosa no es sinónimo de indiferentismo religioso, ni de relativismo: la ingenua apreciación de que todas las religiones son igualmente verdaderas y buenas. La verdad y el bien se presentan en el horizonte del hombre como Alguien: Dios, y el hombre está obligado a conquistar ese reino de Verdad y de Bien. No puede resultar indiferente el que una conciencia se adecúe o no a un orden objetivo de verdad y de moralidad. En este contexto de indiferentismo y relativismo hay que ubicar todas las condenaciones papales del siglo XIX frente al liberalismo (2). Pío XII ha hablado claramente en este sentido:

*"... Es contra la naturaleza obligar al espíritu y a la voluntad del hombre al error y al mal o a considerar uno y otro como indiferentes" (3).*

Muchos al reflexionar sobre este carácter absoluto de la verdad y el bien moral, no han podido dejar de considerar sus contrarios: el error y el mal. En el camino de sus reflexiones les ha hecho contradicho la ya tan remanida expresión: "error y mal no tienen derecho a

existir". Impresionados por este principio que se les aparecía como inescusablemente exacto, descuidaron todos los otros valores que entran en juego cuando en concreto un error es afirmado por una persona humana; y dedujeron inmediatamente las conclusiones: "Si error y mal no tienen derecho a existir, hay que reprimirlo. El Estado debe usar aquí su fuerza coercitiva". La libertad religiosa —razonan— debe ser combatida, no en sí misma, sino por los males que de ella pueden seguirse: afirmaciones erróneas, valoraciones equívocas.

Muchos errores se han deslizado en esta lógica que pareciera de perfiles tan nítidos. No nos detendremos aquí en lo que será tema de nuestro tercer punto de consideración: los derechos del Estado frente a las afirmaciones religiosas. Atenderemos al paralogismo del principio enunciado: "el error no tiene derecho a existir" y a su inmediata consecuencia: la represión.

Sólo una persona humana es sujeto de derechos; un error no podría serlo de ningún modo. Hay pues una transferencia ilícita en este principio. Con todo, algo de verdad encierra este principio que tanta fascinación ha ejercido en muchos.

(2) Encíclicas: *Mirari vos* (1832) de Gregorio XVI; *Quanta cura* y el *Syllabus* (1864) de Pío IX; *Immortale Dei* (1885) y *Libertas Praestantissimum* (1888) de León XIII. Para una interpretación de estos documentos, ver: LECLER, S. J.: *La papauté moderne et la liberté de conscience*, Etudes, 1946, p. 306 y ss.; AUBERT, *L'enseignement du magistère ecclésiastique au XIX siècle sur le libéralisme, Tolérance et communauté humaine*, Casterman Tournai, Paris, 1952; LECLERCQ: *Les papes en face des libertés modernes*, cap. VIII del libro: *La liberté d'opinion et les catholiques*, Ed. du Cerf.

Para las enseñanzas de Pío XI, ver: IVES CONGAR, O. P., *Les conditions théologiques d'un pluralisme*, en *Tolérance et communauté humaine*, op. cit.

(3) Pío XII, Discurso al V. Congreso de la Unión de juristas italianos, trad. cast. en *Observ. Romano*, 20-12-63, n. 112.

La inteligencia humana está hecha para la verdad, y el error no tiene sobre ella ningún derecho si no es bajo las apariencias mismas de la verdad. "Tal es la parte de verdad que contiene el principio alegado contra la libertad religiosa. El hombre no se debe más que a la verdad; ella es la regla trascendente de su pensamiento y de su vida; normalmente el hombre no puede darse sino a ella. Así, en este sentido, debiera decirse: "El error no tiene derechos (sobre el hombre)" (4).

Pero de ningún modo se deduce de aquí el principio de la represión del error y del mal. Este principio que muchos católicos tenían por tesis en la Iglesia, ha sido relativizado por Pío XII. Su afirmación de que corregir el mal no puede ser "la última norma de acción" es contundente:

*"... La afirmación según la cual la desviación religiosa y moral debe ser impedida siempre, cuando es posible, porque su tolerancia es en sí misma inmoral, no puede valer en su incondicional valor absoluto. Por otra parte, Dios no ha dado tampoco a la autoridad humana semejante precepto absoluto y universal, ni en el campo de la fe, ni en el de la moral.*

*... El deber de reprimir las desviaciones morales y religiosas no puede ser por consiguiente última norma de acción" (5).*

En las palabras del Pontífice está implícita otra consideración que nos permitirá volver a nuestro epígrafe: verdad y bien moral. Esta consideración es la siguiente: la verdad es algo interior al

hombre que no puede ser impuesta desde fuera. Nadie puede suplirlo en esta búsqueda interior, ningún marco objetivo, ni siquiera el cristianismo. Esto no es subjetivismo moral que considera como objetivamente bueno todo lo hecho y afirmado de buena fe. Decimos solamente que la verdad objetiva debe ser asumida libremente por una conciencia subjetiva. El hombre debe engendrar la verdad.

La verdad y el bien moral exigen como atmósfera indispensable la libertad. La libertad religiosa está exigida por el dinamismo del hombre hacia la verdad y el bien, porque este dinamismo sólo opera en libertad.

El respeto de las conciencias es una exigencia clara de la verdad y el bien moral. Pero en ese encaminamiento interior a la verdad, el hombre puede errar. ¿Cuáles son entonces los derechos de una conciencia errónea? Debemos pasar al segundo punto que enunciábamos, allí nos detendremos en los derechos de las conciencias en general y en los de la conciencia errónea en particular.

## 2) Los derechos de las conciencias

La especial atención que la filosofía contemporánea ha dado a lo valioso de la realidad personal, nos ha hecho ahondar en el hecho de la conciencia. La lectura de los artículos 18 y 19 de la Declaración de los Derechos del Hombre de 1947 nos hará patente cuán agudamente los hombres de nuestro siglo son sensibles al valor de la conciencia personal.

El hombre no se presenta como algo acabado. "Dios creó creadores" ha dicho Vieujean. Corresponde a él el gesto que plasme su figura definitiva. Esa fuerza

[4] MARTELET, *Revue de l'Action Populaire*, 180, 1964, p. 791.

[5] Pío XII, loc. cit.



estructurante es la libertad, ella vuelve al hombre responsable de sus actos.

¿Cuál será la norma que el hombre seguirá en su obrar libre y responsable? ¿Con qué patrón apreciará lo que resulta bueno para el armonioso acabamiento de su naturaleza? La norma la encontrará en su misma naturaleza, en lo que tiene de más irreductiblemente original: la razón. Todo lo que conduzca al hombre a la realización de su ser racional es bueno, lo que se oponga a esa realización es malo o inconveniente. Esto no implica afirmar una autonomía absoluta de la razón; la racionalidad del hombre no es un principio absoluto que posee en sí su razón de ser definitiva; es una creatura, la realización de una idea, de la idea del Creador. Si la razón puede ser la norma del obrar, es en definitiva porque es en el hombre el sello auténtico de la razón divina que ha concebido a la naturaleza y es la norma suprema de toda cosa.

La razón humana es el privilegio común para todos los hombres y se encuentra fundamentalmente idéntica en todos; en todos se encuentran idénticos los imperativos esenciales de la razón práctica; norma del obrar. Pero cada hombre debe realizarse libremente en una situación particular, debe crear para cada circunstancia, aplicando los principios inmutables de la razón, su propia moral, determinar su modo de acción.

Y hemos llegado aquí al factor subjetivo de ese juicio de valor: la conciencia. Es por el juicio de conciencia que el individuo, a partir de las normas inviolables dictadas por su razón, debe decidir definitivamente lo que es bueno o malo en ese complejo de circunstancias en las que se mueve su acción. No es

un capricho personal, sino una fidelidad a los principios inscriptos en la razón, lo que la conciencia dicta. Pero si la razón es infalible en sus primeros principios que tienen absoluta evidencia, ya no lo es en la marcha discursiva, en el proceso de deducción que se origina cuando se trata de aplicar estos principios a una circunstancia determinada; por ello puede errar. Partiendo de principios universales evidentes puede llegar a conclusiones falsas. Estamos frente a una conciencia errónea, de buena fe. Por un error involuntario, ha llegado a una conclusión falsa. Esa conciencia errónea, supuesto que su error sea involuntario e invencible, es inculpable y sigue obligando al sujeto que la vive. "La conciencia es una instancia última, nada puede superponérsele. El hombre que tiene por verdadero su veredicto, debe obrar conforme a ella" (6).

Los teólogos medievales después de trabajosos análisis llegaron a la conclusión de que la conciencia errónea, inculpable e invenciblemente errónea, obliga al hombre (7).

Nuestra pregunta sería ahora la siguiente: ¿De esa obligación de la conciencia errónea se sigue un derecho a ser respetada? La respuesta es afirmativa, como una lógica conclusión de nuestras premisas. Explicitaremos cuáles serían esos derechos.

*Los derechos de la conciencia errónea:* al enunciar estos derechos partimos del supuesto de que ésta es una conciencia leal e invenciblemente errónea. Invenciblemente errónea significa que psicológicamente, ese individuo concreto, está im-

(6) HARTMANN, S. J., "Vraie et fausse tolérance". Ed. du Cerf, 1958.

(7) S. THOMAE, *Summa Theologiae*, I, II, 19, 5.

pedido para constatar el desajuste existente entre las afirmaciones de su conciencia y el orden objetivo. Nos limitaremos a la conciencia religiosa, que es precisamente lo que nos interesa.

El primer derecho de una conciencia errónea es que se le reconozca la buena fe. Y por ello, tiene también derecho, cuando ha hecho algo materialmente in-moral, a no ser tratado de inmoral. Esto no quiere decir que el Estado no pueda castigar una acción que ha ido en daño de terceros, para rectificar de este modo, esa conciencia errónea.

Si el hombre tiene el deber absoluto de no obrar contra su conciencia, se sigue de él un derecho a no ser obligado a obrar contra su conciencia. Si atendemos a las convicciones religiosas, está claro que éstas tienen derecho a defenderse de toda opresión exterior.

Quedaría una última pregunta: ¿Tiene derecho una conciencia errónea a obrar positivamente? En materia de fe y actividad religiosa, siempre que esta actividad no se oponga al bien común, causando daños a terceros, ciertamente lo tiene. Así lo afirma Juan XXIII en la "Pacem in terris": "Entre los derechos del hombre hay que reconocer también el que tiene de honrar a Dios según el dictamen de su recta conciencia y profesar la religión privada y públicamente".

### 3) Los límites del poder estatal:

Muchos han soñado con el Estado católico como la tesis perfecta en las relaciones Iglesia-Estado. Ese estado adoptaría a la Iglesia como religión oficial, la pondría en un sitio privilegiado, y a las otras confesiones se les impediría la propaganda, no se las dejaría sembrar el error.

En un artículo anterior (8) se ha analizado ya suficientemente el carácter del Estado y los límites de su estructura temporal. Recojamos en una breve enumeración las características de esa estructura, que hacen que el Estado sea incompetente en materia religiosa y por ello no podría reprimir ninguna convicción ni actividad religiosa que no se oponga al bien común temporal.

*El Estado es representativo*: dada una sociedad pluralista representar a todos, no exige únicamente posibilitar las diversas confesiones, sino no embarcarse con ninguna: no aparecer identificado con ninguna de ellas. Pío XII ha implícitamente afirmado esta necesidad que el Estado tiene de representar a todos, cuando dice:

*"Difícilmente puede ser objeto (se refiere a la verdad objetiva y a la obligación de conciencia en relación con lo que objetivamente es verdadero y bueno) de una discusión y de una reglamentación entre los diversos Estados y su comunidad, especialmente en el caso de una pluralidad de confesiones religiosas en la misma comunidad"* (9).

*El Estado tiene una finalidad temporal, a-confesional*: El Estado tiene un bien común temporal que salvaguardar; entre dos confesiones religiosas que no se opongan a ese bien común temporal, el Estado no tiene competencia para discernir cuál sea la verdadera. Esto no significa indiferentismo religioso; tal indiferentismo se daría si el Estado juzgase a las dos igualmente verdaderas. En nuestro caso, el Estado no juzga, simple-

(8) En este mismo número: SIMIAN, S. J., *El cristiano frente al Estado*.

(9) Pío XII, loc. cit.



mente se declara incompetente porque su juicio valorativo se extiende únicamente a la conveniencia o inconveniencia con ese bien común temporal que él debe administrar.

A veces, para justificar una postura intolerante del Estado, respecto de otras confesiones que no fuesen la oficial, se ha dicho que allí el Estado está defendiendo el bien común, porque es un bien común para ese pueblo la unidad de fe. Pero aquí se esconde una falacia; la fe nunca forma parte del bien común temporal que el Estado debe defender. Como afirma el Padre Vermeersch: "El Estado no teniendo a la religión por fin, tampoco encuentra en ella su principio de unidad. No es verdadero decir que la unidad religiosa constituya la unidad del Estado" (10).

Hemos destacado dos características del Estado que lo imposibilitan para una actitud de intolerancia frente a las diversas convicciones religiosas. Agregaremos una circunstancia externa: la inserción del Estado en una comunidad de naciones. Los países de mayoría católica deben ser los pregoneros de la libertad frente a la dura realidad de la intolerancia y la coerción estatal de los países totalitarios. Pío XII pensando en esta comunidad de pueblos afirma:

*"En todo el territorio de la comunidad de estados será permitido a los ciudadanos de cada Estado-miembro el ejercicio de sus propias creencias y prácticas éticas y religiosas, siempre que éstas no violen las leyes penales del Estado en que residen"* (11).

Si el Estado no tiene autoridad en

materia religiosa, ello no quiere decir que no tenga obligaciones. ¿En qué se concretarían esas sus obligaciones? Fundamentalmente en dos cosas: la primera, cumplir fielmente su misión de promover el bien común temporal —lo que el P. Murray llama "servicio de Dios"—; la segunda, dejar libertad, para que en este clima el hombre pueda hacer su libre aceptación de la fe. "Una vez determinado que el poder temporal es distinto del espiritual, no se puede de pronto tener por nulas estas distinciones establecidas, con el solo fin de permitir al poder temporal relevar a la Iglesia como su brazo secular y ponerse al servicio de necesidades que no son temporales sino espirituales" (12).

#### 4) Estructura de la Iglesia:

Con frecuencia se ha acusado a la Iglesia Católica de tener dos medidas. Cuando ella es fuerte, en los países de mayoría católica, practica la intolerancia frente a otras confesiones religiosas; cuando es una débil minoría se vuelve ardiente defensora de la libertad.

Recientemente en los debates conciliares Mons. Jean Zoa (arzobispo de la arquidiócesis de Jacunde en Africa), ha pedido una radical definición de la Iglesia en materia de libertad religiosa, para arrancar de raíz ese prejuicio de oportunismo político:

*"Si esta parte del texto no es suprimida (se refiere a una parte de la Declaración que habla de la protección del Estado en favor de ciertas religiones) apareceremos como hábiles políticos y diplomáticos, pero no obten-*

[10] VERMEERSCH, S. J.: *La tolérance*, Louvain, Paris, 1912, p. 214.

[11] Pío XII, loc. cit.

[12] MURRAY, S. J., *Governmental Repression of Heresy*, en *The Catholic Theological Society of America*, 1948.

*dremos la confianza de nadie, y la gente pensará que cuando nos encontremos en una posición favorable, defenderemos nuevamente la coerción en materia religiosa.*

*La Iglesia católica aparecerá como una secta o como un grupo totalitario, ambos ignorantes de los derechos de la persona humana, so pretexto de los así llamados derechos de la verdad" (13).*

Destacaremos dos características esenciales de la estructura de la Iglesia. Será suficiente para probar, cómo su estructura, tal como la quiso Cristo, exige la libertad religiosa.

*Su concepción de los derechos de la persona y de la libertad de la fe: sólo en la libertad puede darse la opción religiosa personal. Por ello, toda opresión exterior, aún la más indirecta, la violaría en su misma esencia. Un estado autoritariamente cristiano, que diese a éstos un sitio privilegiado, ciertas prerrogativas exclusivas, dañaría esa libertad porque muchos temerían abandonar su fe para no perder esos privilegios, otros quizás la abrazarían exteriormente para acojerse a esos beneficios.*

El Cardenal Cerejeira hablando en 1941 acerca del concordato entre la Santa Sede y Portugal, en el cual la Iglesia en Portugal no era ya religión oficial, expresa:

*"El principio del Evangelio consiste en dar a Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César. Si uno se aparta de ese principio se corre el riesgo de desorden u opresión. La libertad de conciencia se funda sobre él*

*y permanece tanto cuanto este principio es respetado" (14).*

*La naturaleza de su fuerza evangelizadora: La Iglesia debe transformar, cristianizar el orden temporal. Debe operar "una transformación vitalmente cristiana del orden temporal" (15). No una transformación autoritaria. Por la obra de los laicos, iluminados por su magisterio, las estructuras temporales responderán al orden cristiano. Esta concepción cristiana del Estado "exige que los cristianos participen activamente en las tareas temporales, que sean capaces de percibir en todos los dominios: político, social, económico, las exigencias de la vocación eterna de las personas" (16).*

El Estado, interiormente cristianizado por la acción de los cristianos, respetando la conciencia de cada uno, podrá sin violencia y eficazmente, dar a todos sus miembros las condiciones más favorables para una búsqueda sincera, libre, verdaderamente humana de la Verdad.

A la Iglesia toca iluminar con su magisterio la conciencia de los bautizados. "Lo que la Iglesia pierde en protección oficial lo gana en libertad virginal de acción. Desligada de toda atadura con el poder político, su voz adquiere una mayor autoridad en las conciencias. Deja el campo enteramente libre al César, para mejor ocuparse de lo que pertenece a Dios. Es así, el limpio vaso de cristal donde se vierte el tesoro de la revelación cristiana" (17). ♦

(13) Mons. Jean Zoa, Serv. Informativo del Verbo Divino, 21-IX-64.

(14) Card. CEREJEIRA, *A situação da Igreja no regime da Concordata*, discurso del 18-XI-41, citado por Maritain, *Raison et raisons*, París, 1947, pp. 267-269.

(15) MARITAIN, *Humanisme intégral*, París, 1936, p. 131.

(16) OLIVIER, O. P., *Les droits de la conscience, Tolérance et communauté humaine*, op. cit., p. 190.

(17) Card. CEREJEIRA, loc. cit.